



DE ACTUALIDAD

PERROS MUDOS

Perros mudos; así llamó en cierta ocasión el Papa Pío IX a los obispos portugueses y les llamó así porque se callaban ante tribulaciones de la Iglesia. Pero los obispos son también servidores del Estado, son funcionarios civiles, son ciudadanos y cabe llamarles perros mudos cuando se callan con mundana prudencia ante tribulaciones del Estado, ante azotes de la nación. Sin que ello implique el que hayan de hacer política...

Aunque sí, hay una política que debe hacer el episcopado. Y no decimos la Iglesia porque ésta la constituyen los fieles todos. No es la de esa frase ambigua y hueca de democracia cristiana. Esto no quiere decir nada. Es una cataplasma de linaza como aquello, otro de “pan y catecismo”. La política que debe hacer el episcopado es alzar su voz frente a los vicios que amenazan la salud espiritual y la corporal y la sanidad mental del pueblo. Y eso es política

Los padres de la Iglesia griega lanzaron encendidas homilias contra el vicio de la usura que corroía a aquella sociedad bizantina decadente. ¿Qué amante de las letras helénicas no conoce las de San Basilio y San Gregorio de Nisa? Y ello no fué sólo literatura. Y hoy, en esta nuestra sociedad bizantinizada, en este derrumbe de España, en este reinado de la frivolidad azarosa y del señoritismo atolondrado, el juego, el juego de envite y azar, es un cáncer tan devorador como lo fué la usura entonces. Y a la vez se jugaba.

Las carreras de caballos en Bizancio no era sino un pretexto para la apuesta, para el envite, para el juego de azar, a que seguía la usura. La abyecta y servil sociedad bizantina llegó a dividirse en dos bandos, el de los azules y el de los colorados. Como aquí tenemos ya dos bandos: el de los “pajareros” y el de los “escopeteros”, bandos que se despluman encarnizada pero a la vez servilmente. Lo que no aparece aquí es ningún Basilio de Cesarea ni ningún Gregorio de Nisa. Por lo menos del orden del sacerdocio oficial. Los obispos, esto

es: inspectores, no inspeccionan aquí nada, no ven nada. Largan sus pastorales de cajón y a lo sumo encargan que no se deje entrar en la iglesia a las mujeres demasiado ligeras de ropa. Se meten a perreros pero siguen de perros mudos.

Aquel inquieto periodista que fué el arzobispo de Tarragona don Antolín López Peláez denunció lo del juego alguna vez en el Senado, pidió su corrección y el pobre ministro de tanga de la Corona salió del paso como pudo. Y las gentes se dijeron: “¡Cosas de don Antolín!” Sí, sienta mejor a las ínfulas de la mitra disertar sobre la cuestión social. ¡Cómo si el juego de azar no lo fuese!

Hace poco que predicando en esta ciudad de Salamanca un predicador lego, el benemérito señor Rocasolano, el químico de Zaragoza — y del mundo civilizado — nos decía cómo a raíz de levantarse la cosecha inundan — plaga peor que la langosta — los pueblos de Aragón tahures, acompañados de cupleteras que les sirven de ganchos, a limpiar el grano. Y se llevan así, a la vez que el dinero, la salud de aquellas gentes. Lo que no nos dijo es si esos tahures pertenecen al bando de los “pajareros” o al de los “escopeteros”, aunque suponemos que se repartirán equitativamente entre uno y otro bando bizantinos.

¿Por qué callan los “inspectores” de la moralidad pública? ¿Por que no ven? ¿Y por que no ven? ¿Es que no miran? “No sé; no veo lo que hacen los poderosos” — dice el coro de cortesanos del “Edipo rey” de Sófocles —. ¿Es servilidad? ¿Es que esos “inspectores” de la moralidad pública, sujetos a presentación y a “exsequatur” tampoco ven ni quieren ver?

Hace cosa de cuarenta años, en tiempos del duque de Sexto, y de la expedición a Algete, gozaba fama de ardoroso, elocuente y valeroso predicador de la moral cristiana el que murió de obispo de Santander señor Sánchez de Castro. (Para los jóvenes que no estén fuertes en historia contemporánea diremos, entre paréntesis, que la expedición a Algete fué una partida de caza y sus complementos — de la que ella suele ser no más que achaque —, en 1882, en que la peña de amigos cortesanos mantearon a un ministro — servil, por supuesto — y estuvo bien manteado.) A fines de 1885 se le quiso encargar a este príncipe de la Iglesia e inspector

de la moralidad pública de una oración fúnebre y parece que contestó que de no poder decir en ella con toda claridad y moderación pero con toda sinceridad y veracidad y firmeza la verdad no haría la oración. Y el caso fué que ni pronunció la oración fúnebre ni salió ya de su diócesis de Santander. Para él no hubo ascenso.

“Fray Antonio” hubo quien le llamó alguna vez irrespetuosamente a don Antonio Maura, pero aquellos frailes ardorosos de otros tiempos, aquellos que alzaban su voz frente a todos los señoríos del mundo, aquellos ¿dónde están hoy? Sí, sí, la impiedad que produce el terrorismo... pero ¿qué impiedad? y ¿qué terrorismo?

Mientras se matan los del Sindicato único y los del libre, los “pajareros” y los “escopeteros” — que son un solo sindicato, el de la frivolidad y la haraganería — matan también, aunque sólo sea inocentes avecillas, y se despluman. Pero estos son los que incuban el terrorismo de aquellos. El que se gana — si eso es ganar — doce mil duros en una tarde, bizantinamente incuba más terrorismo que cualquier huelga de obreros o cerrojazo de patronos.

Y si los inspectores de la moralidad pública parece que se han vuelto perros mudos, perro mudo está el Procurador General del Reino. Hay escopetas que provocan más delitos que todas nuestras plumas. ¿Cuándo sale esa circular sobre el juego?

MIGUEL DE UNAMUNO

